

garicutiro, ó sea el de las Colchas, y el General Riva Palacio, el de los pueblos de la sierra del Poniente de la capital de Michoacán, en dirección á la Villa de Quiroga, y de allí á la de Morelia.

Las tropas republicanas, en la época del llamado imperio, en sus marchas y cuarteles tenían sus cantares predilectos, análogos á la situación por que atravesaba el país entonces, y uno de ellos fué la siguiente canción patriótica:

"La mujer es un angel del cielo
Destinada á infundirnos valor,
Elevando á los hombres valientes
Con caricias y besos de amor,

De ella somos, si acaso espiramos,
Combatiendo en el campo de honor,
Esparciendo en la tumba mil flores
Y una lágrima pura de amor.

Cuando suene el clarín de la guerra
Cuando se oiga con fuerza el cañón,
A una voz, todos digan ¡qué muera
El Imperio de Luis Napoleón!"

Con los cantares indicados, la tropa republicana, hacía menos sensibles las fatigas del camino y los efectos de las vigiliás

El General Riva Palacio, con su carácter de Gobernador y Comandante Militar del Estado de Michoacán, tuvo á bien ascender á la categoría de Tenientes del cuerpo lanceros de la Libertad que mandaba el Coronel Ronda, á los Alféreces del mismo, Cayetano Martínez, Pablo Córdoba, Teodosio Arévalo, Eduardo Mendizábal y Martín Barbosa, en 6 de Octubre de 1865, en la ciudad de Uruapan, expidiéndoles la constancia respectiva.

El mismo General Riva Palacio, en virtud de lo acordado con el Cuartel General, en la ciudad de Uruapan, comienza á expedicionar por el rumbo del Oriente. Luego toca á Quiroga, y de paso al día siguiente por los muros de Morelia el 10 de Octubre de 1865, con la fuerza del Coronel Ronda que llevaba á sus órdenes, sorprende el destacamento de la garita del Poniente "Chicácuaro," que se componía de soldados de la "Legión Belga," desarmándoles, resistiendo unos y fugándose otros, resultando de ese hecho de armas, algunos muertos y heridos, recogiendoles armas, municiones y objetos de guerra.

Ese asalto fué ejecutado valerosamente por buena tropa á las órdenes del Coronel Rafael Domenzain, de Salamanca y del Teniente Coronel Pedro Cortés, de Morelia

Pasada esa escena no faltó quien presentara á los jefes asaltantes, un ejemplar del decreto imperial, de 3 de Octubre de 1865, que los republicanos oyeron leer despreciando sus anatemas.

Mientras tanto pasó lo de la garita indicada, el sol del día citado comenzaba á ponerse y con ese motivo, el General Riva Palacio se retira con su fuerza de las goteras de la Capital, á fin de pernotar en el rancho del Chayote, de donde marchó al día siguiente, en dirección á Puruándiro, cuya plaza se encontraba cubierta por tropas imperialistas.

Una vez el General en las garitas de aquella ciudad, da sus órdenes y dispone el ataque de la plaza, que no resistieron sus guardianes, abandonándola en precipitada fuga, el mismo día 12 del mes y año antes citados, fecha en que los republicanos se avistaron y acometieron á la plaza, dejando el enemigo armas, caballos y municiones, que fueron recogidas del cuartel abandonado.

El día y noche de la fecha repetida, permaneció en la ciudad el general aludido; y á la madrugada

del siguiente, emprendió su marcha, rumbo á los Distritos de Maravatío y Zitácuaro, en busca del enemigo.

En algunos hechos de armas de los que tuvieron lugar en la época del llamado imperio, prestaron sus auxilios personales á las fuerzas de la República, los Coroneles Antonio Arandia, Sabás Lomelí, Vicente Becerra y Lic. José María García, de Morelia, que tantas veces con sus propios recursos proveyó en las grandes necesidades de tierra caliente, á los servidores de la Patria, y con frecuencia al Estado Mayor del General Régules, lo mismo que á otros necesitados, cuyos nombres se han perdido al paso de los años, haciendo solo en estos apuntes mención honorífica de los patriotas indicados antes.

En dicha época, los cantares de las tropas republicanas en sus marchas y cuarteles, fueron los siguientes:

"La dulcísima esperanza
De vencer á Napoleón
Se abriga en el corazón
Del guerrero contra Francia.

¡Vivan bellas Mexicanas!
Que en unión de los guerreros
Empuñaron los aceros,
Defendiendo la Nación.

Diciendo ¡viva el que es libre
Y el que combatió al tirano!
¡Qué muera Maximiliano
Y el bandido Napoleón!

Y las lindas Mexicanas
Con sus gracias y bellezas
Nos arrojan sin cesar
Las flores de sus cabezas.

Diciendo ¡vivan los libres
Y la Independencia hermosa!
¡Viva Juárez, Zaragoza,
La reforma y libertad!

¡Muera la traición maldita
La que nunca imperará!
Oficiales de Pueblita
¡Qué viva la Libertad!"

En cuanto á la fuerza del General Régules que marchó unida á la del Cuartel General al salir de Tancitaro la columna, se separó de ella, de orden superior para desempeñar una comisión en Parácuaro, con instrucción de incorporarse después de haberla cumplido, en donde quiera que se encontrara la columna, circunstancia por la cual no estuvo presente Régules en el desgraciado acontecimiento de Amatlán.

Ese fatal suceso tuvo lugar el día 13 de Octubre de 1865, fecha en que fueron sorprendidos los Generales Arteaga y Salazar, en la población indicada, por fuerzas del imperialista Ramón Méndez, lo mismo que los subordinados de aquellos jefes, Coroneles Jesús Díaz, Villagómez, González y otros, que no se recuerdan, escapando oportunamente el Gobernador de Michoacán, Coronel Justo Mendoza, en los momentos de la sorpresa y regresando á Uruapan, á fin de incorporarse al primer guerrillero republicano que encontrara á su paso, para continuar luchando.

La guerrilla del Coronel Solano estuvo de avanzada ese funesto día, con su jefe á la cabeza, sobre el camino que conduce de Amatlán á Tancitaro, y como por esa vía penetró el enemigo hasta el alojamiento de los Generales, sin haber recibido

aviso de parte de Solano, ni escucharse algún tiro-teo, se infiere que ese jefe por miedo ó soborno, abandonó el camino, sin saber hasta hoy de ese guerrillero.

Dichos prisioneros fueron llevados á Uruapan y fusilados por orden del traidor Méndez, en la mañana del infausto día 21 de Octubre de 1865, en la plazuela del jardín contiguo al atrio de la parroquia, de dicha ciudad, manifestando sus vecinos gran condolencia, por la muerte de tan eminentes patriotas; y el paraje de la ejecución lleva hoy el nombre de los "Mártires del 21 de Octubre de 1865."

Los cadáveres de dichos patriotas fueron recogidos y sepultados en el panteón respectivo de la misma ciudad, menos el del Coronel Díaz, porque fué llevado á sus deudos y á instancia de los indígenas de su pueblo natal de Paracho, dándosele sepultura en el cementerio del templo del hospital de la misma población.

Al tener noticia Régules de las ocurrencias de Amatlán, torna al interior del Estado para continuar luchando en defensa de la República, organizando en lo posible, á ese fin la fuerza de su mando.

Atacó y tomó el General Régules la plaza de Anganguero, el 7 de Diciembre de 1865, sin pérdidas que lamentar, recogiendo caballos y diferentes útiles de guerra abandonados por el enemigo, de quien quedaron prisioneros algunos de tropa que, al día siguiente puso en libertad aquel jefe.

Lo mismo hizo el 26 de dicho mes y año en el Valle de Temascaltepec, resultando Régules herido en la lucha, quedando á su disposición la plaza, algunos caballos y diferentes pertrechos de guerra, lo mismo que prisioneros y heridos; mandándose curar éstos y ponerse en libertad los otros y dando sepultura á los muertos.

Encuentro con franceses y traidores, en el paraje de "Loma Blanca," á inmediaciones de Chilchota, con fuerzas del General Régules, en 20 de Enero de 1866, y retirada de éstas, á la sierra del Poniente, después de una escaramuza de que no resultó accidente que lamentar.

Encuentro en el paraje de la "Yervabuena," con fuerzas imperialistas, al mando del General Ramón Méndez, con las republicanas del Coronel Ronda y del Comandante Vicente Solorio; cuyos jefes han muerto, el primero, aprehendido en la ocupación de la plaza de Querétaro y fusilado luego, sin las formalidades con que fueron fusilados y ejecutados en el Cerro de las Campanas los demás Generales sus compañeros; el segundo dejó de existir en Quiroga, á consecuencia de una complicación pulmonar, y el último también fué fusilado, por inconsecuente al Gobierno de la República.

En Febrero de 1866, fecha en que el cuartel general dispuso se avanzara sobre los traidores que á las órdenes del General Ramón Méndez, se dirigían á Uruapan, se libró orden al Coronel Ronda para que con su fuerza se aproximase á aquella ciudad y en virtud de la cual salió luego de Quiroga en dirección á donde se le mandaba, y en su tránsito por la sierra de Pichátaro, encontró disperso con su fuerza al Coronel Rafael Rangel, quien le dió aviso de haberse perdido en la mañana del día 20 del mes citado, la batalla que se libró á los imperialistas, en el llano de dicha ciudad contiguo al barrio de la Magdalena, perteneciente á la misma población; que, en consecuencia le parecía que Ronda con los suyos, debía por entonces hacer otra cosa de utilidad, en la inteligencia de que Rangel venía de aquel campo ya de retirada.

Mediante esa noticia recibida de un jefe caracterizado, y valiente, como lo fué aquel, nada hubo que dudar, y apoyado Ronda en aquella noticia, caminó en dirección á Pátzcuaro, entrando á esa plaza sin resistencia alguna, la tarde del 20 citado, ocupando en seguida el armamento y municiones que encontró en los cuarteles, solicitando luego las existencias de dinero de la Administración de Rentos de la ciudad y un préstamo forzoso del comisario, de 4,000 pesos, por los conductos respectivos, que por influencias dignas de atención quedó reducido á 3,000 pesos; pero que, uniendo esta suma á la de 1,000 que existía en caja de la oficina dicha, siempre se reunieron y recogieron de la ciudad los 4,000 pesos, por el pagador de las fuerzas republicanas, Mayor Miguel Ordorica.

Al siguiente día al aproximarse el General Méndez á aquella plaza, de regreso de la de Uruapan, salió de Pátzcuaro el Coronel Ronda con rumbo á Tacámbaro, presentándose al Cuartel General y poniendo á disposición de su personal dinero, armas y prisioneros imperialistas que tomó en aquella ciudad, los que se pusieron en libertad al siguiente día, de orden superior; y oídas en seguida las causas que impidieron á Ronda su oportuna llegada á Uruapan, siendo la principal entre las demás, el retardo con que recibió la orden de marcha que se le remitió por cordillera, de Tacámbaro á donde se encontraba, remisión era esta que mediante la importancia de ella, pudo hacerse con propio, á fin de que aquella se hubiera acatado oportuna y debidamente.

Tal afirmación como fundada en justicia, fué atendida por el General en jefe C. Vicente Riva Palacio, y en consecuencia, ordenó á Ronda volviere luego á su línea, mandando además que su pagador entregara á ese jefe 1,000 pesos, de los 4,000 que el día anterior habían entrado en caja, á efecto

de que les diese aplicación en los gastos de la Brigada, dejando el correspondiente recibo. En seguida recibe Ronda la orden escrita de regresar á su línea de Occidente, y marchó para ella al siguiente día 24 del mes y año antes citados.

El General Régules, con una parte del Ejército del Centro, combatió también, en la batalla de la Magdalena, contra las fuerzas imperialistas que mandaba el traidor Méndez, en cuyo hecho de armas se colocó la fortuna del lado de los traidores.

Desastre en el rancho de Tengüecho, ocurrido el 18 de Marzo de 1866, en una parte de las fuerzas del Ejército del Centro que á las órdenes del General Régules hacía la campaña en contra de la intervención francesa, falleciendo en la sorpresa el Coronel Hilario Cervín, de Tacámbaro, otros subalternos é individuos de tropa, cuyos nombres se han perdido al paso de los años.

En semejante peligro, á no ser por el Mayor Eduardo Deveaux, que servía entonces en el Estado Mayor del General Régules, la matanza hubiera sido terrible, tomándose también muchos prisioneros que pudieron ser fusilados luego, porque, al disparar sus armas los franceses sobre los republicanos, en los momentos de la sorpresa, el enunciado Mayor, habló á aquéllos con entereza en el idioma francés, diciéndoles: "No tiren sobre nosotros, que somos de Ustedes." Al escuchar aquellos esa voz, suspendieron sus fuegos para reconocer, sin duda, á los que atacaban.

Entretanto el Gral. Régules con su Estado Mayor y Deveaux entre él, pudieron evadirse de aquél sitio en dispersión precipitándose á un profundo y espacioso barranco, que se encuentra muy inmediato á las principales casas del rancho, favorecidos por la obscuridad de la noche; perdiendo los de Régules caballos, sillas, armas y parque, que fué preciso abandonar para salvarse, recogiendo todo el ene-

migo, y debido á la voz del Mayor se evitó la efusión de sangre que pudo ser abundante. En consecuencia, ¡Bien, muy bien! por tan valiente Ayudante.

Un cuadro de jefes y oficiales procedentes del desastre de Tengüecho que á las órdenes del Coronel entonces, Miguel Eguiluz, se dirigía á la H. Zitácuaro, de orden del General Régules, en jefe del Ejército del Centro, para que se organizaran en aquel Distrito del Oriente de Michoacán, y con el doble objeto de que el jefe de esa expedición, se encargara de la Prefectura del mismo Distrito, con el fin de que mediando sus respetos, tuviera efecto la deseada reorganización de dichos oficiales.

Al efecto, y de tránsito para esa ciudad, toca la hacienda de San Vicente del municipio de Taretan, al aproximarse la noche del 22 de Marzo de 1866 y con ese motivo, dispone el jefe pernoctar en esa finca, donde descansaron tranquilamente los militares que componían dicho cuadro, la mayor parte de esa noche.

Mientras tanto dormían los patriotas, llegan á la hacienda de Tomendán, de la misma municipalidad, los cabecillas imperialistas Alatorre y Pureco que se dirigían á Taretan con objeto de sorprender en aquella plaza, al Coronel Republicano Francisco de Landa, jefe Político y Comandante Militar de ella; y hablando con el administrador de aquella hacienda, Sr. Orozco, de Pátzcuaro, le comunicaron el deseo que les llevaba á dicha plaza. El empleado aludido, en vista de la revelación hecha por sus amigos, les dió su opinión diciéndoles: que en Taretan podrían encontrar resistencia por el jefe de aquel punto, y que en ese caso, les convenía mejor huir á aprehender á Régules que acababa de pasar por allí con una procesión de sangre y que debía pernoctar, según había dicho en la indicada hacienda de San Vicente, donde no encontra-

rían resistencia alguna y por lo mismo lograrían la aprehensión del General en jefe del Ejército Republicano del Centro.

Mediante la indicación de aquel administrador, los cabecillas expresados cambiaron de parecer y optaron, por marchar desde luego á San Vicente, á donde llegaron, á la madrugada del funesto día 23 del mes y año antes citados, sorprendiendo á los jefes y oficiales que, dormían aún y que componían el indicado cuadro, sin lograr capturar á Régules; porque él había tomado otro rumbo.

Los militares sorprendidos no tuvieron más medios de que disponer en aquellas circunstancias para salvar la vida de los de fuera, según que les fue dable, tomando unos los potreros de los plantíos de caña inmediatos á la hacienda; otros, arrojándose al inmediato río, con cuyas aguas se riegan las sementeras; y algunos trepando por las bardas con suma dificultad, á las alturas de la finca, descendiendo de allí al cárcamo del molino, donde quedaron ocultos, desprendiéndose los que más no pudieron, de las cubiertas de la casa principal de la misma hacienda, cayendo sobre un duro banco de cascajo, lastimándose los pies, porque se les buscaba empeñosamente, y era preciso salvarse á costa de cualquier sufrimiento.

Una vez descendido á ese sitio el Mayor Genaro Román, se resolvió, sin embargo de lo lastimado que estaba, á atravesar descalzo el potrero de la soca recién cortada, quedando á flor de tierra abundantes y filosos troncones que á su paso hirieron y destrozaron por completo la piel de la planta de los pies; y con motivo de ese accidente que inspiraba compasión, tuvo á su pesar que detenerse en su marcha por estar bien fatigado y no poder ya seguir adelante, desplomándose con ese motivo sobre el suelo con agudísimos dolores. En esas circunstancias y de un modo providencial, es

encontrado el Mayor en aquel lugar por el Capitán Francisco Javier Suárez que también huía, y este buen hombre de quien era paisano Román, lo levanta, lo lleva cargado á cuestas sobre sus espaldas algunas leguas, haciendo posas en el tránsito hasta llegar con tan pesada carga á la hacienda de Araparícuaro; y de esa finca se le condujo en una bestia á la villa de Ario de Rosales, en un estado bien lastimoso, haciéndosele en esa localidad la primera curación, por su tío el Dr. Lucas Román, y una vez restablecido el enfermo, volvió al servicio de la República hasta triunfar del llamado imperio.

Entre los militares sorprendidos en San Vicente, se encontraba el Teniente Coronel Nogueira y el Capitán Fernando Bárcena, quienes también experimentaron las consecuencias de la sorpresa con otros oficiales del mismo cuadro, de quienes no se recuerdan sus nombres, que también por distintos rumbos se salvaron.

Quien esto escribe, no presencié la ocurrencia que antes se refiere, pero la conoce por conducto de los jefes y oficiales que sufrieron sus consecuencias.

Al participar el Coronel Eguiluz al General Régules el acontecimiento de San Vicente, este jefe superior le dice en contestación que sentía infinitamente tan desagradable suceso y se alegraba bastante al no tener que lamentar la pérdida de esos buenos patriotas; y que temiendo ser sorprendido del enemigo en la indicada hacienda, donde pretendía pernoctar la noche del 22 del mismo mes y año, pensó diferente, haciéndolo en otra localidad; y que esperaba del conocido patriotismo de sus oficiales, se les incorporarían cuanto antes, en donde quiera que se encontrara el Ejército del Centro.

Nombrado el Coronel José Vicente Villada Comandante Militar de los departamentos de Uruandán y Zamora, con residencia entonces en Apatzingán, organizando su pequeña fuerza con los pocos elementos que le daban aquellos pueblos de la tierra caliente, puesto que las principales poblaciones de la línea de su mando las tenía ocupadas el enemigo.

En los primeros días de Junio de 1866, resolvió el Coronel expresado trasladarse á Tancítaro para darle descanso al vecindario de Apatzingán y proveerse de algunos elementos en aquella población. Llegó á ese punto la tarde del día 7 con un pequeño cuerpo de infantería, como de 300 hombres, en su mayor parte reclutas, un grupo de oficiales y exploradores, de 30 individuos aproximadamente é igual número de jinetes procedentes de Jalisco que, para apoyar su fuerza, le había prestado el Coronel Francisco Magaña, á fin de que utilizara sus servicios en esa expedición.

En la mañana siguiente se ocupaba la fuerza en recibir instrucciones en la plaza del pueblo, los oficiales y exploradores en sus alojamientos y la escolta de Jalisco en su cuartel, situado en una de las calles que dan salida para el pueblo de Acahuato; Villada en su alojamiento situado en la plaza distante de ella algunas cuadras.

Fué sorprendido á esa hora, 8 de la mañana, por una fuerza enemiga. La sorpresa fué tal, que nadie trató de organizarse, sino de ponerse en salvo. Villada mismo, salió en los momentos de la confusión y atravesando por entre el enemigo y sus infantes que se dispersaban, corrió para la salida de Acachuén. A su paso por el cuartel de los 30 jinetes de Jalisco, vió que éstos se alistaban para salir; pero organizados allí, se detuvo y ya con la escolta aquella, emprendió su retirada por la salida de Acahuato, viendo cómo se dispersaban sus in-

fantes y tiraban sus fusiles entre los solares del pueblo.

La fuerza enemiga que los sorprendió procedía de los Reyes; había pernoctado en el pueblo de Apo, y de allí, tomando la madrugada, emprendió el asalto. Esta fuerza la mandaba un comandante Granados que llevaba 300 infantes de línea, fuerza muy aguerriada, y 50 caballos al mando del contraguerrillero Julian Espinosa [á] el Manco; éste muy conocedor del terreno y enemigo acérrimo de los Republicanos.

Pasados los primeros momentos de la sorpresa, Espinosa emprendió la persecución de Villada quien iba aun muy cerca de la población. Comenzaron á tirotearse y dar cargas que cada vez comprometían más la retirada de los pocos que acompañaban á Villada, hasta que éste ordenó una «media vuelta,» que como se hizo casi á quema ropa, fué de muy buen resultado. A la primera descarga, cayó muerto de un balazo el manco Espinosa. Esta ocurrencia desconcertó á sus compañeros é hicieron alto, y quedaron ambas guerrillas frente á frente; la de Villada con Arcadio Zepeda, que se le había incorporado en la dispersa y los traidores en número de 50, que contemplando un momento el cadaver de su jefe, cargaron con él y regresaron al centro de la población de Tancítaro.

Este hecho desmoralizó un tanto á Granados y los suyos que habían quedado en el pueblo; pero aumentó sus temores la falsa noticia de que el General Régules venía por el rumbo de Uruapan.

Villada por su parte, con la retirada de la fuerza de Espinosa, tomó una posición ventajosa sobre el camino que llevaba, á una legua de distancia de Tancítaro y de allí estuvo recogiendo algunos de sus dispersos y organizándolos. Los vecinos de ese pueblo, eran muy adictos á los republicanos y pronto estuvieron á comunicar á Villada lo

que ocurría en la plaza. Le llevaban alimentos para él y su gente y levantaron la moral de la tropa; ya se le habían reunido los oficiales y exploradores, y contaba con ese motivo, con unos ciento y tantos hombres.

En la tarde mandó algunos jinetes para que por el camino de Uruapan arrastraran ramas de árboles, simulando con la polvareda que levantarán la aproximación de una fuerza. Este subterfugio y la afirmación del vecindario de que se aproximaba Régules, acabó por desmoralizar á Granados, quien disponía su retirada ya muy cerca del anochecer, cuando Villada, Zepeda y los suyos, cayeron sobre Granados en Tancítaro, al grito de ¡Viva Régules! Aquel jefe emprendió su retirada perseguido de los republicanos que recuperaron sus prisioneros dispersaron la fuerza de Granados, al grado de que llegó éste á Los Reyes al día siguiente con sólo 8 oficiales y sus asistentes. Todo el armamento que iban tirando en la dispersa lo recogió Villada, quien llegó á Tancítaro el día 9 del citado Junio con mejores elementos de los que tenía al ser sorprendido.

Por supuesto que muchos oficiales y soldados en los momentos de la sorpresa, emprendieron su fuga y llegaron á Apatzingán, llevando la triste nueva de la derrota que se lamentaba cuando llegó también el parte en que Villada daba cuenta de su completo triunfo, del cual se dudaba.

Estos elementos sirvieron para derrotar más tarde, al traidor Luis Madrigal, en Jucutacato, el 14 de Octubre siguiente, cuyos hecho se referirá en el lugar correspondiente.

En cuanto á los dispersos llegados á Apatzingán, regresaron cuanto antes á Tancítaro, reuniéndose á la tropa de Villada, á que pertenecía.

Tan luego como ese Jefe se repuso un tanto de la fatiga de que se hace mención, procuró organi-